

## SUSCRIPCIONES

Dentro y fuera del distrito: 1,50 pesetas trimestre. Número suelto 15 céntimos. Atrasado 25 id.

PAGO ANTICIPADO

REDACCION, VALIENTE, 8

## LA OPINION

Periódico político y de intereses materiales.

## INSERCIONES

Anuncios en la cuartaplana 5 céntimos línea. Comunicados 6 precios convencionales.

PAGO ANTICIPADO

ADMINISTRACION, VALIENTE, 8

SE PUBLICA TODOS LOS JUEVES

## EN FAVOR DEL INDULTO

## ¡PERDÓN!

«La reina llora... ¡Ah!... los reyes cuando lloran, perdonan».

Estas frases, con que termina el sentido artículo del colaborador de *La Crónica Meridional* Sr. Brocca, que reproducimos en otro lugar, nos ha sugerido el recuerdo de una escena tan patética como conmovedora, que presenciáramos una tarde del pasado Julio.

Hacia veinticuatro horas que se había dado solemne y cristiana sepultura al cadáver del egregio velezano Excmo. Sr. Barón de Sacro-Lirio. Su hijo, el diputado por Velez-Rubio, y varios de sus amigos nos encontrábamos en una estancia, tenuemente velada por la tibieza del crepúsculo, de la antigua casa solariega de los señores Laserna.

Reinaba un silencio religioso, el silencio del dolor, de vez en cuando interrumpido por los sollozos del hijo amantísimo que lloraba la pérdida del padre idolatrado y por las oraciones que modulaban los labios de los circunstantes por el alma de aquel ilustre prócer en quien encarnaron tantas virtudes cívicas y sociales, tanta honradez acrisolada y una historia política y profesional tan ejemplar, brillante y sin mancha.

Nadie se atrevía a interrumpir el silencio, por que nadie osaba profanar con temas de conversación impropios de las circunstancias, aquella solemne escena de un duelo sincero y respetable. Sin embargo, impotentes para prodigarle otros consuelos, se hacía preciso decir algo que llevase la distracción al espíritu acongojado de nuestro querido amigo Sr. Laserna, quien, absorto en su desventura, se entregaba de lleno al peso abrumador de aquella triste pérdida, para todos tan sentida y para él tan irreparable como llorada. ¿Pero cómo? Provocando la conversación con otro tema triste también, por aquello de que entre un dolor y otro dolor existen en lo profundo del alma corrientes de atracción, irresistibles y ciertas simpatías consoladoras.

Esta tema fué el asesinato, aún reciente, de la infortunada Dolores Miras. La conversación, pues, no tardó en girar sobre el ya tristemente célebre crimen, del que fué teatro este honrado pueblo; y sobre la aciaga suerte que aguardaba a los pobres reos que acababan de ser sentenciados a pena capital

por la Audiencia de lo criminal de Almería.

—¿Y Vd. qué opina?—interrogamos a nuestra vez al Sr. Laserna, procurando de paso que diese una pequeña tregua a su pensar inmenso.—¿Revocará la sentencia el Tribunal Supremo?

—Desgraciadamente, dados los antecedentes que tengo del crimen, lo creo difícil.

—Entonces....

—No quedará otro recurso que pedir el indulto a los poderes públicos. Yo trabajaré en Madrid con todo mi anhelo por si es posible evitar que se levante el patíbulo en nuestro hermoso pueblo. Hablaré a nuestra bondadosa reina y excitaré sus sentimientos de piedad en favor de los sentenciados; pero para ello, y para que mi labor y la de todos los que me acompañen en esta noble y caritativa empresa sea eficaz, es preciso, indispensable, contar con el perdón del padre de la víctima. ¿Ustedes creen que lo ortogara?

Un gesto de duda se dibujó en todos los semblantes.

—Sin embargo—añadió nuestro ilustre amigo—hacedle venir. Tal vez.... ¿quién sabe!

Un cuarto de hora después penetraba en la estancia D. Joaquín Miras Andrés, el anciano padre de la infeliz Dolores.

El digno diputado por Velez-Rubio, replegado en su espíritu su propia inmensa aflicción para pensar en la aflicción ajena, se dispuso con abnegación heroica a luchar por la vida de los reos. El perdón de la familia de la víctima, era el preliminar indispensable para principiar la batalla y ese perdón era preciso recabarlo. ¿Cómo? Tocando al corazón del anciano padre de la interfecta, pulsando su fibra más sensible: la de sus propios sentimientos filiales tan cruelmente heridos con el asesinato horrendo de la hija idolatrada. Otro perdón precisaba conseguir también: el de la inocente hija de Dolores; pero este, ¿quién dudaba de obtenerlo? Pobre capullo en flor cuyo tierno cáliz estaba abierto a todos los infortunios, ¿no había de estarlo también a todas las clemencias?

El Sr. Laserna, con frases persuasivas y conmovedoras, a que daban un extraordinario acento de convicción, su propio dolor y la solemnidad de las circunstancias, sondeó el ánimo del pobre anciano, inclinándole al ejercicio de la más santa de las cristianas virtudes: la de la caridad, la del perdón, la de la

misericordia, la de la piedad, la de la clemencia.

¡Palabras sublimes! ¡Qué rara vez se pronuncian y se ejercen sin que dejen en el espíritu satisfacciones inefables!..

Inmensa era la amargura que revelaba el semblante del venerable viejo, profunda y digna de respeto su indignación de padre—¡como que se trataba de los asesinos de su hija!—pero también era hombre, era caballero y era cristiano... ¿Cómo, pues, resistirse a las palabras insinuantes y conmovedoras del diputado por Velez-Rubio, que le suplicaba una frase de perdón para dos seres humanos, amenazados por las garras del verdugo de la ley?

El terreno, pues, había sido hábilmente preparado. Faltaba el último choque de la elocuencia persuasiva del Sr. Laserna para que en aquel corazón dolorido brotase la chispa de la caridad.

Y esa chispa... brotó.

Hubo un momento de pausa. La mirada de nuestro ilustre amigo se iluminó; la ráfaga del genio y de la inspiración brilló en aquella frente magestuosa y todos, pendientes de sus labios, le oímos un período de su habitual elocuencia, lo más hermoso, lo más brillante y sentido que le hayamos escuchado jamás; de aquella arrebatadora elocuencia que tantos y tan legítimos triunfos le ha conquistado en nuestro Parlamento. No pudo concluir.

El anciano Sr. Miras lloraba... ¡Ah! y cuando los hombres lloran, también perdonan.

Enjugó sus lágrimas, tendió sus brazos suplicantes al señor Laserna y exclamó:

—Basta, amigo mío, basta. Decidles que están perdonados: sí, yo los perdono de todo corazón.

Y abrazó con efusión a nuestro ilustre amigo.

Ante un cuadro tan patético y solemne, tan bello y conmovedor, las lágrimas pugnaron por asomar a todos los ojos... ¡y todos lloramos!

Contra el recuerdo pertinaz del crimen, había triunfado la elocuencia de la misericordia.

El padre había perdonado a los verdugos de su hija.

¡Quedaba escrito el prólogo para la hermosa obra de salvación de la vida de los reos!

¡Bendita sea la caridad que tales frutos produce!

¡Y bendita la elocuencia que en la caridad se inspira!—F. P.

